13.

ESCUELA DE MEDICINA DE SEVILLA.

SESION LITERARIA,

ACORDADA POR LA JUNTA DE PROFESORES

EN HONOR DEL QUE FUÉ SU DIRECTOR,

EL DOCTOR

DON ANTONIO MARSELLA Y SIERRA,

Y CELEBRADA EL DIA 17 DE ENERO DE 1875.

SEVILLA:
Imprenta de D. Rafael Tarascó y Lassa.
Sierpes 73.
1875.

ACTA DEL CLÁUSTRO DE PROFESORES
DEL 6 DE DICIEMBRE DE 1874.

Leida el acta del anterior, fué aprobada por los señores concurrentes, Vice-Director, Porrúa, Romero D. Márcos, La Rosa, Lasso de la Vega, Pizarro, Moreno, Zaldo, Ferreyra, Muñoz, Romero D. Enrique, Roquero, y el infrascrito Secretario, escusando su falta de asistencia los Sres. La Sota por ocupaciones de interés, y Salado por enfermedad.

El Sr. Vice-Director D. Antonio Rivera, profundamente conmovido, puso en conocimiento de la Corporacion la inesperada muerte del digno Director de la Escuela el Dr. D. Antonio Marsella, y con sentidas frases recordó las honrosas dotes y relevantes cualidades que le distinguieron: casi embargada la palabra por el hondo pesar que le oprimía, manifestó sus deseos de que la Escuela tributase al finado un homenage de admiracion y de respeto, débil muestra del que profundo y eterno había de conservarle.

El Cláustro, que tantas veces tuvo ocasion de apreciar las brillantes cualidades de tan esclarecido profesor, aceptó unánime el pensamiento, dispuesto á contribuir por todos los medios conducentes.

El Sr. Rivera propuso se colocara en sitio preferente de la sala de actos el retrato del Director; que tuviese lugar una sesion pública y solemne en que dos catedráticos pronunciaran discursos alusivos al objeto y que se dieran á la prensa, para commemorar la sensible pérdida del primer Director que tan acertadamente habia llevado adelante la ereccion de este centro de enseñanza, elevado ya á la categoría de establecimiento público á través de los insuperables escollos con que habia tenido que luchar; y fueron propuestos por el mismo señor Vice-Director los Doctores D. José Moreno y Fernandez y D. Javier Lasso de la Vega y Chichon. Éste manifestó cuán honrado se creia por la designacion hecha en su

favor, pero comprendiendo que cualquiera de los profesores del Cláustro podia desempeñar mejor tan delicada mision, suplicaba se le relevase del cargo en gracia al brillo y lucimiento que se requería. Insistiendo el Sr. Vice-Director en la propuesta, el Cláustro así lo acordó, como igualmente dar al Señor Rivera ámplias facultades para llevar á cabo tan levantado pensamiento; con lo cual se dió por terminado el acto, de que certifico:

Dr. Francisco Rodriguez,
Secretario.

APUNTES BIOGRÁFICOS

POR

EL DR. D. JAVIER PEREZ LASO,

CATEDRÁTICO DE PATOLOGÍA GENERAL DE ESTA ESCUELA.

La ciencia viste de luto, Ilustrísimo Señor; ha perdido uno de sus más solícitos investigadores; la verdad su más decidido campeon; la pátria uno de sus más esclarecidos varones; la enseñanza un consumado maestro; la Escuela médica sevillana su digno y respetable Director.

Triste, muy triste es ver cómo desciende al sepulcro el hombre benéfico que consagrado esclusivamente al estudio sublime de la medicina, llega trás largos años de afanoso empeño, de prolongadas vigilias y de incesante observacion á adquirir un conocimiento profundo en esta divina ciencia. Triste, muy triste tarea es recordar la pérdida del varon eminente que contribuyó con su ilustracion y pasmosa actividad al planteamiento y desarrollo de este gimnasio de la inteligencia, sin que llegara á saborear los ópimos y sazonados frutos que en no lejano dia habrá de producir.

Aunque acongoja el ánimo tan melancólico recuerdo, el alma siente una dulce complacencia al traer á la memoria las envidiables prendas del que logró, con ellas grangearse nuestro amor y respeto.

Temo turbar el respetuoso silencio de su tumba: si soledad exige el sentimiento y el creyente fervorosa plegaria, tambien reclaman perdurable recuerdo los que fueron.

Una desacertada eleccion me impone el sagrado deber de interpretar el sentimiento de cariño, de respeto, de gratitud y de admiracion que guardan nuestras almas para el que fué un dia el orgullo de este Cláustro, nuestro consultor cabe el lecho de los enfermos y siempre nuestro leal y consecuente amigo. Perdon, comprofesores, si, humilde cronista, mústia y descolorida ofrezco una hoja para la fúnebre corona que depositais sobre su sepulcro.

Al proclamar las virtudes y grandeza del Doctor Marsella, suplirán á las flores elegantes de la oratoria y á los primores y galas de una retórica sublime, las espresiones emanadas de la más profunda admiracion y del más puro y ardiente entusiasmo.

La memoria de nuestro Director, queridos concólegas, está grabada en la nuestra y perenal y eterna en la humanidad que de él ha recibido inmensos beneficios; pero nosotros debemos rendirle este homenage, justo tributo que consagramos á las eminentes cualidades que le distinguieron.

Ilustres manes del Doctor Marsella, con religioso respeto y santa veneracion os saludo, permitid invoque vuestro nombre, que diga al mundo las relevantes prendas que os adornaron y los hechos gloriosos de vuestra vida. Permitid queme en

vuestras áras el incienso que me ofrecen el huérfano desvalido, la afligida esposa, el desconsolado padre, en los que derramásteis con pródiga mano el bien y la felicidad, devolviéndoles la salud y la vida; ojalá mis producciones sean holocáusto digno de tan respetables cenizas! No turbe yo la paz en que descansan, sino para que llegue á ellos el acento de mi gratitud y del más profundo reconocimiento.

Dignaos escucharme:

Corría el año de 1809. En las pintorescas playas del Cantábrico mar, en Laredo, provincia de Santander vió la luz primera D. Antonio Marsella y Sierra. Tranquila y gozosa se deslizó la existencia de sus primeros años, de esa dichosa edad, en que por do quier nos sonrie la felicidad y la ventura; pero muy pronto la mano implacable de la muerte eclipsó el sol de su esperanza, privándole del autor de su dias. Huérfano de padre, quedó bajo la tutela de su cariñosa madre que se consagró solícita á inspirarle las mas saludables máximas y á imprimir en su tierno corazon los nobles sentimientos que indelebles conservó su hijo, consuelo entonces de su viudéz y mas tarde de su ancianidad.

Su entusiasta aficion al estudio, su prodigiosa memoria, bien pronto se pudieron apreciar, ya cuando admiraba nuestros clásicos, ya cuando se recreaba en las infinitas bellezas de la hermosa lengua del Lacio, ó bien cuando recorria reflecsivo la historia ó investigaba curioso las ciencias naturales y esactas.

Marsella necesitaba campo más estenso, más dilatados horizontes, más ricos veneros donde poder saciar su inestinguible sed de estudio y de erudicion. No tardó mucho en alcanzarlo; sus brillantes facultades, su despejado y claro entendimiento, su irresistible vocacion decidieron á su tio D. Juan Manuel Marsella que á la sazon residia en Sevilla á proteger sus inclinaciones y á facilitarle cuantos recursos necesitara al logro apetecido.

Sevilla, centro de civilizacion europea desde mediados del siglo décimo tércio, jardin cuyas perfumadas áuras mecieron las cunas de los Avensoas, Monardes, Riojas, Herreras, Pachecos y Reinosos y de otros mil doctísimos varones que esmaltan las brillantes páginas de la ciencia y las artes, Sevilla cuya Universidad desde su orígen, desde el siglo diez y seis es fuente rica, inagotable de purísimas y cristalinas aguas, ofrecia al jóven Marsella caudal bastante, recursos poderosos, nuevos senderos, ilustres profesores que dirigieran sábiamente sus estudios filosóficos.

Aplicado y solícito vió resbalar estos años escolares entre las marcadas demostraciones de simpatía y afecto de sus maestros y condiscípulos, coronando sus trabajos con las más sobresalientes calificaciones.

Animado por sus primeros ensayos y hecha con toda madurez la eleccion de su carrera, sometida á su irresistible aplicacion á los estudios anatómicos se matriculó en el colegio de Cádiz en Enero de 1830.

La ley de instrucion pública que á la sazon regía conservaba el estudio de la medicina, pura, única en las Universidades, confiando á los Colegios la enseñanza de la medicina y cirugía, ramos que forman un mismo tronco indivisible é inseparable. Acaso el feliz presentimiento de que llegaria á ser uno de los primeros cirujanos de esta comarca le hizo suspender decididamente sus estudios en este centro universitario y trasladarse á Cádiz prometiéndose que los dignos sucesores de los Virgili, Villaverde, Canivell, Gimbernat, Navas y Aréjula, dirigirían su instruccion médico-quirúrgica colocándola á la altura que siempre alcanzára este emporio de la ciencia médica, primer colegio de nuestra España, que contribuyó á la fundacion de los demás, único plantel de la ilustracion quirúrgica, y cuyos trabajos y descubrimientos científicos llenan el uno y otro hemisferio con su gloria. Escuela que fué la propagadora de la ciencia, pues cuando el pabellon español se enseñoreaba en

todos los mares y tremolaba en todos los continentes, sus laboriosos hijos trasportaron en sus temidos bajeles su saber, su renombre y sus doctrinas.

De la elocuente palabra de tan eruditos maestros, de tan consumados prácticos, recogió inmenso tesoro de conocimientos, sobresaliendo entre sus condiscípulos, aun de aquellos más aventajados, mereciendo no solo la honrosa confianza de contribuir con mi querido padre á la sazon Catedrático Bibliotecario de aquel Colegio, á la reorganizacion y metódica reforma de la rica biblioteca, sino que atendiendo á su indisputable mérito, fué agraciado ya próximo al término de su carrera con el nombramiento de Mayor de clínicas, muy luego con el de vice-rector y por falta de concurrentes á una oposicion á cátedra, contrincante del Doctor Arboleya, precioso ornamento de aquella escuela, glorioso timbre de la medicina pátria.

Su constante asistencia á las áulas, su febril anhelo de aprender, su retraimiento de la sociedad, su indiferencia á los goces y deléites propios siempre de la juvenil edad, eran presagio féliz de venturosos dias para él, para la ciencia y para la humanidad. El anfiteatro y el hospital, esas lúgubres mansiones del sufrimiento y de la pavura donde al grito del dolor sucede el último lamento del moribundo, donde vemos patente nuestra miseria y pequeñez, donde se niega una lágrima al que dejó de existir, eran los sitios de su recreo, porque solo en ellos había de encontrar las fuentes inagotables de la ciencia que cultivaba.

Verificó sus estudios desde 1831 á 1837 con sobresaliente mérito y con la unánime aprobacion de los tribunales censores ya en las múltiples asignaturas que constituyen la facultad, ya en los grados de Bachiller y Licenciado que obtuvo respectivamente en Julio de 1836 y en Octubre de 1837.

Doloroso es decirlo; pero suelen los escolares considerar satisfechas sus aspiraciones con la obtencion del diploma que les habilita para el ejercicio de una profesion, si bien hay muchos á quienes la noble ambicion de gloria y los hábitos de un perseverante estudio los impele al honroso palenque de las oposiciones ó á la pública enseñanza.

Creadas en la Universidad de Sevilla en 1840 las cátedras de cirujía para complementar los estudios médicos, y cuando apenas contaba tres años de práctica fué nombrado Catedrático de las asignaturas de patología esterna y operaciones, atrayendo el novel maestro á sus áulas no á la imberbe juventud que por paterna disposicion fuera obligada, sino numerosa cohorte de sábios médicos, encanecidos en la práctica, altas reputaciones cuyo nombre no me atrevo á pronunciar por no ofender su modestia. Sus brillantes conocimientos, su severo método en la esposicion de sus ideas, la belleza de sus formas, cautivaron á su inteligente auditorio llevando su nombre en álas de la fama á distancias remotas y siendo desde entonces el profesor elegido para resolver las graves dificultades que en la práctica ocurrian, verificando con suprema inteligencia y con esperta mano las más arriesgadas y difíciles operaciones quirúrgicas.

Sangrientas é intestinas discordias vienen trabajando á esta hidalga cuanto desgraciada nacion desde principios del presente siglo. Civiles luchas, desgarran coaligadas las entrañas de la madre pátria. Conjurados hombres políticos y militares de alta graduacion el año de 1843, lanzaron del poder al ilustre veterano de la libertad, Regente entonces del Reino por las Córtes de 1840.

Sevilla vió amenazados bajo el mortífero fuego del cañon la vida de sus habitantes, sus preciadas joyas del arte y sus históricos monumentos, provechosa leccion, grato recuerdo de generaciones y de edades que pasaron, dejando luminosa estela de su génio y de su cultura.

Patricio acrisolado, benévolo, filántropo, Marsella no solo prestó eminentes servicios en el hospital de sangre improvisado en el palacio de los Duques de Medinaceli, sino acudió presuroso á los sitios de más peligro á restañar la preciosa

sangre vertida estérilmente en fratricida lucha mereciendo en justo premio los honores de primer ayudante médico militar.

La Real Academia de medicina y cirujía de Sevilla, digna sucesora de la Régia sociedad médico-filosófica, honra y prez de las ciencias y letras hispalenses y cuya alta reputacion llamó la atencion del mundo sábio, la que registra orgullosa en el ilustre catálogo de sócios los nombres insignes de Piquer, Solano de Luque, Feijoo, Santaella y otros mil ástros refulgentes cuya luz difundieron por el orbe científico, admitía leticia en su seno al jóven Marsella, prévia las pruebas reglamentarias que apláuso unánime alcanzaron.

Su justa fama, rápida crecía y á sus ya envidiables timbres, agregó las honrosas insignias de Doctor preeminente, y último grado en la enseñanza.

Como digna recompensa á su esclarecido mérito y á su saber notorio, las Reales Academias de Madrid, Cádiz, Barcelona, Valencia, Valladolid, Coruña, Granada y Palmas de Mallorca y el Instituto médico del Puerto de Santa María le espidieron títulos de Sócio corresponsal.

Las miserables hordas marroquíes insultaron villanamente en 1859 el inmaculado pabellon español al pié de los muros de Céuta. El grito unánime de guerra resonó vigoroso hasta el último confin de la península y á su eco respondieron todos los hijos de la pátria llenos de gozo, de ira, de generosidad y de frenético entusiasmo. La tradicion, el legado de peregrinas hazañas que nos dejaron nuestros mayores, el afan de gloria y de grandeza, nuestro espíritu aventurero, nuestra fé religiosa, la gravedad de la ofensa, todo contribuyó para admitir denodadamente su atrevido reto. Todas las clases de la sociedad facilitaron generosas cuantos recursos pudieran servir á la nacional empresa. Marsella se prestó espontáneo y generoso á asistir á los bravos hijos de Pizarro y de Cortés, que lucharon en estraña tierra por nuestra dignidad y por nuestra honra mancilladas. Escuchaba á sus dolientes adalides con religiosa atencion y férvido interés, les hablaba con paternal cariño y les consolaba con dulces y sentidas frases.

En nombre de S. M., el 4 de Diciembre de 1860 recibió las gracias como digno galardon por tan plausibles servicios.

Asoladora enfermedad invadió en Setiembre de 1865 nuestra populosa Metrópoli. El cólera morbo asiático cuyas funestas incursiones han llenado de luto y de terror á Europa hizo sentir una vez más su esterminadora influencia. No esquivó Marsella el rudo trabajo, las prolongadas y á veces incesantes vigilias, el inminente riesgo que corre el médico en estas horribles, espantosas calamidades, ni escaseó sus luminosos informes ni sus prudentes consejos á la Junta Municipal de Sanidad de la que era importante miembro.

El caudal epidemiológico que á fuerza de tantas campañas llegó á atesorar, le sirvió para ilustrar á las autoridades ávidas siempre de su cooperacion cuyo servicio le hizo acreedor á la cruz de primera clase de la órden civil de Beneficencia que le fué concedida el 30 de Abril de 1866.

La revolucion de 1868 proclamó ámplias libertades; en su credo escrita estaba la libertad de enseñanza; á su sombra y sin carácter político alguno, una pléyade entusiasta de notabilidades científicas, escepcion hecha de mi humilde persona, agrupada bajo el lábaro santo de la ciencia, convocó á la juventud estudiosa con el laudable pensamiento, con el alto fin de iniciarla en las veladas leyes, en los grandes arcanos de la naturaleza.

Tan árdua como noble empresa necesitaba una entidad suficientemente autorizada y revestida de prestigio y de especiales dotes que la representara y dirigiera. La conciencia unánime de todos, señaló y proclamó como Director de esta Escuela al activo, al íntegro, al sábio Doctor Marsella.

La cátedra de Patología esterna le fué encomendada, cuyo estenso programa le

era familiar. Entre sus instructivas lecciones descollaban las teorías sobre la inflamacion, elemento tan necesario á la marcha y aun al buen éxito de los efectos quirúrgicos y sus estudios sobre las heridas de armas de fuego, quemaduras y hernias. Si en la cátedra brilló por sus talentos y erudicion, en la clinica que desempeñó muy luego, ostentó rico caudal de conocimientos prácticos que iluminaba su potente génio.

Su pureza é inteligencia le llamaron á formar parte repetidas veces de los tribunales de censura para proveer plazas de médicos de Beneficencia y á desempeñar en distintas épocas el cargo de vocal en las Juntas Provinciales de Beneficencia y Sanidad.

Recto, compasivo, delicado en su trato y en sus maneras, se captaba el aprecio y las simpatías de cuantos le trataban; escuchaba con paternal solicitud las consultas de sus compañeros, resolviéndolas en los casos más árduos é intrincados con el más envidiable tino y con las más claras y lógicas deducciones.

Pluma mejor cortada que la mia, profesor más docto llamado está á juzgar las doctrinas que profesara nuestro inolvidable Director; permítaseme al menos consignar que era vitalista en toda su pureza, fiel observador, reflexivo, no visionario, más atento al análisis de los hechos, que inclinado á prejuzgarlos.

Reconocía los inmensos servicios que prestan á la medicina las ciencias auxiliares; no cerró los ojos á la esplendente luz que difunden la anatomía y la fisiología sin considerarlas como única y esclusiva base de los conocimientos médicos.

Respetado, querido, ocupando un lugar preferente entre sus coetáneos, en fatal y menguada hora, la mano implacable de la muerte puso fin á su existencia, privándonos de una de las más refulgentes antorchas de la medicina.

¡Cuán fugaces son las horas que marca el fatídico relój de nuestra existencia! ¡Cuán rápidos pasan en vertiginoso tropel los tristes dias de nuestra amarga vida! Ley inexorable que subleva al sentimiento contra la razon.

¡Glorioso campeon de la medicina española, ojalá me fuera dado devolverte á la vida y á esa nueva generacion médica sevillana que pendiente de tus lábios recibió atenta tus sábias lecciones! ¡Ojalá pudiera restituirte á tu familia, á tus amigos, á la humanidad! ¡Ojalá el campo de la ciencia que tan dignamente cultivastes germine multiplicados imitadores, legando cual tú, al morir, un nombre lleno de gloria, único patrimonio de los sábios.

Marsella; si hasta tí llega nuestra ferviente, fúnebre plegaria, si ves deslizarse por nuestras escaldadas mejillas, lágrimas de dolor, de amistad, de respeto y de gratitud, si guardas un recuerdo de los que fueron tus amigos en este desierto de la vida; que ese recuerdo sea tan perenal, tan duradero y tan perpétuo como el que te ofrece esta Escuela, legando ese fiel trasunto á las futuras generaciones, á través de la eterna noche de los tiempos.

Descansa en paz.

JAVIER LASSO DE LA VEGA Y CHICHON.



POESÍAS.

UN RECUERDO.

Á LA MEMORIA DE D. ANTONIO MARSELLA.

I.

Negras nubes velaban misteriosas
Del claro sol los vívidos reflejos,
Suspiros y lamentos palpitaban
Sobre las álas del inquieto céfiro,
Y la pausada voz de una campana
Helaba el corazon tocando á muerto;
En tanto que aflijido y silencioso
Marchaba triste, fúnebre cortejo,
Que derramando lágrimas ardientes
Pasar miraba el angustiado pueblo.
—«¡Por él aliento aun!»—«¡Por él, replica
Un pobre anciano con turbado acento,
Tengo la dicha de abrazar al hijo
Que ya juzgaba para siempre muerto.»
Y «Dios le premie, en su dolor decía
Aquel sencillo y bondadòso pueblo,
Su inmensa caridad, sus santas obras
Y todo el bien que sobre el mundo ha hecho.»
Yo, poseido de respeto santo,
La triste comitiva fuí siguiendo
Admirando á aquel sér cuya memoria
Bendecía llorando un pueblo entero.
. . . .
Al llegar al desierto campo santo,
La ciudad misteriosa de los muertos,
Donde el rey, el magnate y el mendigo,
Sirven de pasto igual á los insectos;
Miré á mi alrededor fosas humildes,
De mármol orgullosos mausoléos,
Tumbas cubiertas de maleza solo,
Inscripciones borradas por el tiempo;
Y una cruz que en el centro se elevaba
Sus descarnados brazos estendiendo,
Prestaba sombra igual al noble y grande
Que al mendigo haraposo y al pequeño.
De un ciprés en el tronco reclinado,
Víctima de encontrados pensamientos,

Escuchaba los golpes de una azada
Que hería sin cesar el duro suelo;
Lleno de espanto luego oí el ruido
Que produce, estridente, áspero, seco,
Al cerrarse la tapa de un sepulcro,
Ruido espantoso, sin rumor, sin eco.
Despues una plegaria fervorosa
Fugáz trajo á mi oido el ráudo viento,
Plegaria que del suelo se elevaba
Volando á Dios como sagrado incienso.
Todo al cabo cesó, miré alejarse
Á los que oraban junto al negro féretro,
Y al acercarme á la desierta fosa
Bañada la miré de llanto acerbo.
Honda tristeza se albergó en mi alma
Y sentida oracion elevé al cielo,
Mi llanto confundiendo con el llanto
De los que en vida sus amigos fueron.

II.

Hoy, reunidos aquí los que profundos
Arcanos de la ciencia descubrieron,
Los que juntos con él dieron la vida
Y dulce bienestar al pobre enfermo;
Hoy, que unidas la ciencia y la poesía
Por lazos de deber santos y estrechos,
Se hallan aquí para cantar la gloria
Del preclaro varon que lloran muerto:
Yo, que bendije su memoria un dia
Mi voz uniendo á la de todo un pueblo,
Yo, que vertí sobre su humilde fosa
Lágrimas de pesar y desconsuelo,
A este recinto augusto, presuroso
Y lleno de emocion trémulo llego
A poner una flor triste y marchita
En la corona que en su honor tejieron.

Vosotros, que amorosos me alentais
Que sois mis preceptores y maestros,
No rechaceis la ofrenda que consagro
Al hombre ilustre que lloramos muerto.
¡Ah, venturoso él, en cuya tumba
Se alzan las bendiciones de su pueblo,
Corre el llanto abrasado del amigo
Y una corona de laurel tejieron!

José Sanchez-Arjona.

Á LA MEMORIA

DE MI AMIGO

EL SR. D. ANTONIO MARSELLA.

SONETO.

Súbito golpe de alevosa muerte
Roba á la humanidad tu noble vida,
Y en acerbo dolor deja sumida
A España, que por ti lágrimas vierte.

Lamentan hoy tu miserable suerte
La esposa triste de dolor transida,
Amistad, hijos ¡ay! ciencia afligida,
Que en luto amargo su esplendor convierte.

Pero quien entre doctos fué lumbrera,
La vida conservando á enfermos miles,
No es justo, no, que para siempre muera.

La Historia con acentos varoniles
Hará tu ilustre fama duradera,
Entallando tu nombre sus buriles.

JUAN J. BUENO.

A LA BUENA MEMORIA

DEL DR. D. ANTONIO MARSELLA.

SONETO.

¡No le lloreis! su espíritu invisible,
rompiendo la terrestre ligadura
deja la cárcel de la tierra oscura
y flota en la region indefinible;

Ya, para el sábio, fácil y tangible
será del sér la condicion futura;
ya de la tenebrosa sepultura
conocerá el arcano incomprensible.

Acaso del Eterno la clemencia
aceleró la rueda de la suerte
para colmar de luz su inteligencia.

Y al despojarlo de la carne inerte,
le mostró esos misterios de la ciencia
que están solo en el libro de la muerte.

Benito Mas y Prat.

Á LA TIERNA MEMORIA

DEL

DOCTOR D. ANTONIO MARSELLA,

EMINENTE MÉDICO SEVILLANO.

SONETO.

De Hipócrates ilustre y de Galeno
Émulo fuiste en la intrincada ciencia,
Que ataca humana en nuestra triste herencia
De los sañudos males el veneno.

Desde temprana edad te alzaste lleno
De erudicion profunda y de experiencia,
Calma llevando en la comun dolencia
De cien famílias al turbado seno.

Ángel de caridad, siempre del hombre
Acudiste al clamor y á los gemidos
En peligrosos trances de la vida.

Sevilla lo recuerda, y á tu nombre
Consagra con loöres repetidos
Llanto sin fin en tu fatal partida.

Francisco Rodriguez Zapata.

EN LA MUERTE

DEL SR. DR. D. ANTONIO MARSELLA

DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUGÍA.

SONETO.

Blandió la muerte su guadaña impía
Diciendo airada con furioso anhelo,
Aunque fuiste de Hipócrates modelo
Descansa en paz bajo la losa fria.

Del mortal retardabas la agonía
Con tu sublime ciencia y tu desvelo;
Yá no serás el Angel de consuelo
Que al mundo el Hacedor por gracia envía.

No cantes, muerte, tu cruel victoria
De su talento nos dejó la esencia
Que hará eterna en el mundo su memoria;

Y hoy su alma de Dios en la presencia
Un rayo hermoso gozará de Gloria
Por cada vida que salvó su ciencia.

Manuel de los Palacios y Fagundez.

Á LA MEMORIA

DE MI RESPETABLE AMIGO

EL DR. D. ANTONIO MARSELLA.

Al guerrero de indómita pujanza
Dedica el mundo estátuas y laureles,
Alto renombre su valor alcanza,
Y es objeto de plumas y pinceles:
La historia para eterna remembranza
De sus actos sangrientos y crueles
Como dignos de apláusos los presenta,
Y la desgracia del vencido afrenta.

—

Lejos de todo mundanal ruido,
Su vida por la ajena despreciando,
El corazon de caridad henchido,
Y con la muerte sin cesar luchando
Al médico mirad; desconocido
Es el bien que su mano vá sembrando;
Ninguno dá alabanza á su memoria,
Ninguno canta su tranquila gloria.

—

Mas el nombre del ínclito guerrero
Al pecho de la madre desolada
Solo arranca suspiro lastimero,
Compendio de una historia desgraciada;
Mientras guarda recuerdo placentero
Del que al verla llorosa y congojada
Agotó los recursos de la ciencia
Para salvar del hijo la existencia.

—

Tal es tu gloria, desgraciado amigo,
Que el ángel del consuelo y la alegría
A todas partes caminó contigo,
Pues la muerte á tu ciencia se rendía.
Yo, que tus pasos desde lejos sigo,
Más que de ingenio, lleno de osadia,
Al sangriento laurel de Marte fiero
Ese tuyo purísimo prefiero.

Ramon de la Sota y Lastra.

Á LA MEMORIA DE D. ANTONIO MARSELLA.

Nada pudo la muerte; empeño vano
La hizo luchar con él,
Hasta que conociendo su impotencia
Se avergonzó y se fué.

—

Que las glorias podrán oscurecerse,
Pero nunca morir;
El sol tambien se pierde en el ocaso
Pero aparece al fin.

—

La magestad sublime de la ciencia
Con suprema bondad,
Sabe dar á sus hijos los laureles
De la inmortalidad.

—

Y nadie habrá que arranque su memoria
Del corazon humano,
Porque está entre las lágrimas del pobre
Y las del potentado.

MIGUEL GARCIA SAEZ.

A LA GRATA MEMORIA

DEL DR. D. ANTONIO MARSELLA.

Lleno el pecho de férvido entusiasmo
Y herida el alma de crüel dolor,
Entre las flores, que orlarán tu tumba
Tímida y pobre dejaré una flor.

—

Triste el anciano tu cadáver mira;
Triste el esposo te contempla inerte;
Que á todos devolviste un sér querido
Valeroso luchando con la muerte.

—

Aunque las parcas míseras cortaron
El hilo de tu vida tan preciosa,
¡Es tan grande tu nombre que no cabe
En el límite estrecho de una fosa!

José Diaz y Carmona.

ELOGIO PÓSTUMO

POR

EL DR. D. JOSÉ MORENO FERNANDEZ,

CATEDRÁTICO DE FISIOLOGÍA DE LA ESCUELA.

SEÑORES:

En este solemne momento, cuando, arrobado el espíritu, gime agoviado por grave pesadumbre: cuando Sevilla toda siente, afligida, la horfandad en que quedan sus hijos más preciados: cuando la ciencia médica llora el vacío irreparable que un ilustre varon llenaba: cuando una familia, ayer felíz, quiere en vano encontrar hoy el potente timon que antes la guiaba: cuando, en fin, este cláustro busca en torno de sí la armónica fuerza que largos años ha sabido con reconocida gloria dirigir sus vacilantes pasos: en este momento tristísimo y solemne fuérzame el deber, que no el deseo, á evocar ante vosotros el respetable nombre de nuestro querido Director. No seré tan feliz que pueda corresponder al honor dispensado. El asunto es grande, mis fuerzas débiles, é incontrovertible la razon que os asiste para exigir una obra perfecta. Todo esto me impone temor; pero, á más de la obediencia que debo al Cláustro, me impulsa en mi difícil tarea el amor y la admiracion que durante la vida tuve por el eminente profesor que todos lloramos.

¡D. Antonio Marsella! ¿Qué os diré de él? Ya lo sabeis: ya os lo ha dicho un elocuente orador: el que en las áulas fué un modelo que sus mejores compañeros procuraron imitar: el que en el profesorado escitó siempre la emulacion de los más felices prácticos, y el que constantemente admiró en la cátedra á profesores y alumnos, nada es ya. Mas,..... al dejar de ser, ha sabido cautivar entre los doctos y entre el pueblo todo de esta gran Ciudad, la admiracion y el dolor que nos impresiona cuando perdemos un grandísimo bien. Y esta vez, como ordinariamente sucede, el sentimiento público está perfectamente justificado: Marsella ha merecido, ántes de morir, que nadie dude un instante de su importancia científica, ni de otras infinitas cualidades que le distinguian. De Marsella puede afirmarse que

Gloria de la virtud, pena del vicio
Son sus acciones, dando al mundo en ellas
De su alto ingenio y su bondad indicio. (1)

(1) Cervantes: Viage al parnaso.

Brilla el hombre bajo mil conceptos: el político que encuentra la fórmula social, aplicable al pueblo á que legisla, y cuya felicidad consigue realizar: el general que en una batalla conquista un imperio, ó liberta su pátria de los enemigos que la subyugaban: el artista que con vívidos colores sabe representar en el lienzo á la naturaleza, ó animar el mármol: el poéta que de su ardiente fantasía hace salir los pensamientos, los personages y las situaciones más variadas: el jurisconsulto que puede arrancar de las manos del verdugo una inocente víctima...... ¿Y el médico? ¡Ah, señores! El médico brilla tambien, y sus conocimientos, en nada inferiores á los de los demás hombres de la ciencia y del arte, le llevan con frecuencia á un lugar superior. El es el intérprete, el ministro de la naturaleza: él es de quien decia Ciceron: *homines ad Deos nulla re proprius accedunt, quam salutem hominibus dando.* Pero el ejercicio de tan sublimes funciones sucede en el secreto de la familia, en el hogar doméstico, en cuyas paredes se reflejan ó se absorven los rayos de luz que se desprenden de sus más esclarecidas acciones. Por eso, para juzgar al médico es preciso acompañarle junto al lecho del dolor, ó escucharle en la cátedra, único punto, á más del libro, desde donde puede dar testimonio de su saber. Estos dos últimos medios son, sin embargo, poco fáciles de alcanzar por el mayor número, y de ahí la resistencia que encuentra para darse á conocer. Marsella, apesar de tantos inconvenientes, ha podido hacerse distinguir, ya como médico-práctico, ya como profesor, ya como Director de una escuela que, como el fénix, debía nacer de sus propias cenizas.

Para brillar como hombre de ciencia dotóle el Cielo de no comunes condiciones. Entre todas las que deben distinguir á los que están llamados á merecer la estimacion pública, la primera y principal es el tener conciencia de su propio valer; y nuestro Director, no solo poseía en alto grado este convencimiento, si no que, sin olvidarse de la modestia, constituia desde la infancia su peculiar carácter, con lo cual coincidía su vehemente amor y deseo de gloria. Así que, siendo aun niño, se le vé en todas las áulas disputar los premios á sus más aventajados compañeros. Todo cuanto estudiaba lo aprendía perfectamente; y su memoria fué tan feliz hasta los últimos dias de la vida, que en sus conversaciones familiares recordaba con fruicion las reglas más triviales de las gramáticas castellana y latina. Poseyendo muy bien este último idioma, pudo leer con fruto y aprender cumplidísimamente los grandes maestros, los clásicos de nuestra ciencia, griegos, romanos y de pueblos posteriores, escritos en aquella lengua: por esto era muy frecuente oirle recitar trozos y sentencias, sacadas de aquellos libros, aplicables á los puntos de que se cuestionaba.

El amor á la gloria creó en él insaciable sed de conocimientos; y apeló al estudio con una avidez, que, aun en los últimos años, sostenía sin decaer, y de que es testimonio su escogida biblioteca. Así llegó á estar constantemente al nivel de los adelantos en la ciencia médica, objeto especial de sus encantos, aunque sin olvidar las humanidades y la filosofía y la historia, con cuya lectura amenizaba la tarea á que se creia en primer término obligado. Su principal empeño consistía en no ignorar lo que fuera dable aprender; y para conseguir su objeto, cuando oia

hablar sobre algun punto, para él desconocido, procuraba con disimulo inquirir los libros que pudieran enseñarle el nuevo camino que al momento procuraba y conseguía encontrar. Para aprender, no obstante, se necesita, á más de los medios materiales de que él jamás careció, tiempo para el estudio; y como la práctica de la medicina absorve todo el dia, él robaba al sueño la mitad del que debia consumir y consume la mayor parte de los hombres de su edad. Aun estando afecto de los catarros que le afligían todos los inviernos, se veían hacinados y revueltos á la cabecera de su lecho volúmenes diversos de medicina, de filosofia y de historia, en los cuales leía, aun teniendo fiebre. De este modo jamás ignoraba nada de lo escrito, conocía hasta la última palabra que en la ciencia se hubiera pronunciado. Y en tal manera llevaba á la práctica estos arranques de su vanidad científica, y de su amor á la gloria, que un dia quiso trasmitir su espíritu á todos los profesores del cláustro, pronunciando en nuestras semanales conferencias científicas una magnífica y brillante sobre histología, método novísimo introducido en el estudio de la medicina.

Su amor á la gloria le hacía desear la controversia: él la buscaba, si acaso no parecía fácil de hallar la ocasion de la lucha; y aunque siempre con gran moderacion, gustaba de sostener y lo hacía muchas veces, por cierto con notabilísimo ingénio y gracia, hasta los temas más apartados de la razon. Gozaba en conocer á fondo el saber de los demás hombres; y siempre que le era fácil, exponía con afectada seriedad una doctrina errónea, esperando oir el valor que se le daba. En la controversia grave, Marsella era inflexible: á su vastísima instruccion, á su memoria, unía un conocimiento perfecto del arte de razonar; y su recto juicio le permitía ser tan fuerte en la argumentacion que jamás era vencido. Pero la dote que en él más resaltaba, y á que sin duda ha debido toda su gloria, todos sus triunfos, todo el aprecio que de su profundo saber han hecho los médicos, los alumnos y el público en general, fué la firmeza en sus convicciones científicas. Parecía adusto, insociable, de carácter duro; y, sin embargo, en el trato íntimo, cuando aparecía tal como era en realidad, se adquiría fácilmente la conviccion de que era afable, jovial, dúctil, tal vez débil. Pero esta debilidad nunca aparecía, tratándose de hechos referentes á la ciencia, cuyos principios aplicaba igualmente á la cabecera del enfermo con maestría y valor. Cuando habia adquirido conviccion de alguna doctrina, quería que los demás se convencieran; y empleaba todo su esfuerzo intelectual en imponer sus convicciones, ya como práctico, ya como profesor: él no dudaba y queria que los demás creyeran.

Su conversacion siempre fué provechosa: aun en lo íntimo de la amistad, en los ratos de descanso, en los momentos de mayor espansion y jovialidad, siempre se descubría al hombre de profundo saber. Dotado de gran memoria, gustaba de retener los pensamientos delicados que leía, aplicándolos despues oportunamente: él tenía verdadera recreacion en recordar y en contemplar todo lo que consideraba bueno y bello. Suyo fué el pensamiento de colocar á la entrada del pabellon anatómico de la escuela una inscripcion latina; y suya la elegantísima y sublime composicion castellana, que tan admirable y fidelísimamente interpretó el Sr. Martin Villa al traducirla tal como hoy se vé.

Como todo hombre verdaderamente sábio, desconfiaba mucho de la elocuencia que creía necesaria para imponer á los discípulos todas sus convicciones: por eso jamás iba á cátedra sin preparar la leccion que debia explicar. Y en esto erraba: la variedad de los conocimientos que poseia y la profundidad de sus convicciones, le permitian improvisar; y entónces era indudablemente más estimable su peroracion: entónces, arrancando de lo íntimo de su alma grandes idéas, manifestaba todo el valor de una inteligencia privilegiada.

Tuvo miedo á escribir, y por eso nos vemos privados hoy de lo mucho que ha podido enseñarnos. Entre sus papeles han aparecido algunas anotaciones médicas, que en mi se han depositado y que aun no he podido examinar: cónstame, no obstante, que habia tomado apuntes exactos para estudiar bien algunos casos que en la práctica le habian ocurrido. A este número corresponde la preciosa observacion de una sonámbula, que durante mucho tiempo visitó y estudió en esta Ciudad; en la cual observó grandísimos prodijios que sería lástima no poder traer al dominio de la ciencia.

Marsella merece tambien un nombre distinguido como operador: practicó la talla, la hernia estrangulada y otros actos quirúrgicos de ménos importancia.

Quédame que examinar al médico filósofo; y en verdad que bien merece ser bajo este concepto conocido. Hásele creido por algunos materialista; y yo puedo afirmar que estaba muy léjos de serlo. Muchas veces me decia: «es preciso que V. »desde su cátedra de fisiología y los demás en la suya, apartemos á la juventud »que estamos enseñando del grosero materialismo, á que hoy se la arrastra;» y cuando discutíamos sobre el valor de la histología, me preguntaba: «¿y bajo qué ley se formó la primera célula?» Tenía ciertamente errores de método en el estudio; más, para él no era la materia el único factor de los cuerpos vivos: ántes que ella creía divisar la fuerza de la vida como factor fundamental. Y para prueba concluyente de estas afirmaciones, hé aquí dos de los trozos que más le habian encantado leyendo á Bouchut, y que al Sr. Rivera y á mí nos repetía muchas veces:

«Un mecanismo, creándose sólo en el fondo de la tierra, en los aires y en el interior de otro, no es comparable simplemente á la locomotora ó el relój, construidos por un ingeniero: hay allí, *en el gérmen de lo que será un organismo y ántes de la aparicion de todo órgano,* un movimiento sin músculos, una sensibilidad sin nérvios, y en lo que sale de la materia amorfa, una forma distinta, que bajo la influencia de *un ingeniero invisible, aunque todopoderoso*, harán ciertamente el conjunto armónico, de que luego tendrá necesidad el organismo, para mantenerse bajo el cielo, perpetuarse tan sábiamente como se ha producido y desaparecer, quedando en prenda de nuestra madre comun la tierra.» (1)

»Sería feliz quien pudiera sin hipótesis decir lo que és este agente vital, este principio de vida, *distinto de los órganos que hace nacer;* pero si la ciencia se detiene delante de una semejante dificultad, cuya solucion sólo puede ser una hipótesis, ella se ha apoderado del hecho y basta. Ella puede decir como el sábio: conozco el mecanismo, aunque ignoro el misterio.» (2)

(1) Bouchut: exponiendo la doctrina de Sthal.
(2) Bouchut: Historia de la medicina.

Tal es el hombre de ciencia. Marsella merece además especial commemoracion como hombre privado, por su laboriosidad, su honradez y su dignidad, condicion que sabia hermanar perfectamente con lo humilde y afable de su trato.

Quiero ya concluir: el dolor me hace enmudecer, y mi débil acento apenas acierta á pronunciar las pocas palabras que á mi inteligencia se ocurren para apreciar, siquiera en bosquejo, los infinitos títulos que á la gloria póstuma tiene el Doctor Marsella. Quisiera ser inspirado en este instante por un númen superior que llevara los tristes ecos de mi voz hasta la tumba, donde reposa yerto el cuerpo inanimado del hombre esclarecido, que me honró con su cariñosa amistad, y á quien llegué á querer y respetar como á un padre. Pero no: ante el sepulcro, cuando su vida ha concluido, y solo queda polvo frio, imágen de la nada: cuando del cuerpo ha desaparecido el alma, ese destello de su poder que la Divinidad infinita quiso prestarle; entónces, como cristianos, solo debemos dirigir nuestras miradas al Cielo, y bendecir los altos designios de la Providencia. Concluyamos, pues.

Tú, que á la envidia anonadar supiste,
Y con génio inmortal que te dió el cielo,
No fácil encontrarás paralelo
Al saber profundísimo que hubiste:

Tú, que al estudio consagrar quisiste
Noche y dia, solícito; y con celo
El insondable, misterioso velo
De natura romper te propusiste;

Posa hora en paz; y en soledad forzada
Deja que llore tanto bien perdido
Para la humanidad, para la ciencia:

Vuelve hácia aquí tu perspicáz mirada,
Y este pueblo verás cómo afligido
De Dios invoca para tí clemencia.

José Moreno Fernandez.